

dos; de forma, que hubo de menester moverle, para despertarle de aquel amoroso sueño, en que los deliquios de su enardecido espíritu le salian con tales resplandores al rostro.

El año de veinte y tres, en que el V. P. se hallaba en Mexico, por negocios de su Colegio de Guadalupe, fué una mañana al Convento de Santa Inés á consolar algunas Religiosas. Acertó á entrar una Señora en la Iglesia, á tiempo que el Apostolico Varon les hablaba por la Rexa del Coro; y bolteando la cara para hablar á la Señora, vió esta que su rostro resplandecía, como si fuera un claro Sol, y que de su frente despedía unos reflexos tan brillantes, que al passo que la deslumbraron, la dexaron tan embebecida, que no percibió lo que le dixo. Era esta muger de muy probada virtud, y de singular trato con Dios, y segun declaró ella misma, despues de muerto el bendito Padre, con la referida luz conoció tanta hermosura en su alma, y tal agregado de virtudes, que le pareció un San Pedro de Alcantara; siendo así, que aquella fué la vez primera que vió al V.

Padre Margil.

CAPITULO XVI.

Prefagios de la Bienaventuranza del V. P. Fr. Antonio, fundados en Fè piadosa.

NO es nuevo, que teniendo el Divino Señor sus delicias en conversar con los hijos de los hombres, manifieste á algunas de sus escogidas almas, la felicidad de sus Justos, segun nos informan á cada passo las Historias. Así parece que lo dispuso tambien su Providencia, para honrar á su Siervo Fr. Antonio, como se veerá en los siguientes successos. Por el tiempo en que falleció el V. P. en Mexico, avia en dicha Ciudad una Señora de especial virtud, y muy

rob

29

fa-

favorecida de Dios, la qual, sabiendo que este famosissimo Missionero avia llegado muy enfermo á la Enfermeria del Convento de N. S. P. S. Francisco, no se atrevia á pedir al Señor su salud, sino que le diesse lo que le conviniesse mas: Persuadida á que yá era tiempo que su Magestad le premiásse sus trabajos. Llegó el dia seis de Agosto, y poco antes de las dos de la tarde, en que espiró el Siervo de Dios, tuvo la dicha Persona una vision, en que vió que su alma subia al Cielo en esta forma: Iba cercada de muchos Angeles, y al parecer con un Abito lucido, y transparente, bordado de preciosas piedras, y flores. Tenia una Joya en el pecho, como un encendido Rubi; y de ella pendia una Cruz de oro finissimo esmaltada de piedras preciosas muy menudas, de color verde, morado, y blanco. Su Manto era de la misma tela que el Abito, y esmaltado tambien de varias flores, y piedras. En la Capilla tenia una flor encarnada, azul, y blanca, con la qual quedaba toda cubierta. La Cuerda era de finissima plata, y las Sandalias de subidissimo oro, con flores de diversos colores: Y todo el V. P. tan resplandeciente, y brillante, como un Sol de medio día.

Al punto que esta lucidissima Procecion llegó al Empeyreo, los Santos Angeles abrieron las puertas del Cielo, y salió por ellas una multitud de Santos en dos alas, con gravissimo concierto, y orden. Entre estos, conoció á la Santissima Virgen MARIA, al Apostol S. Pedro, á Santo Domingo, S. Francisco, San Ignacio, San Buenaventura, y San Luis Beltran: Y que llevandolo al Trono de la Santissima TRINIDAD, lo abrazó el Eterno Padre. Luego lo llevaron los Angeles, y los Santos á un Jardin admirable, y extremadamente rico, todo de finissimas piedras, guarnecido el suelo de plata, oro, y flores de colores diferentes. Sus puertas eran de plata, y oro finissimo, tachonadas con diversidad de piedras. El Cielo de este Jardin tenia á trechos unas Joyas quadradas, como de una quarta, y en el medio avia una Paloma hermosissima, toda

307

Q92

de

de plata, y oro; y en el pico tenia un bellissimo Pendiente de oro, con tres riquissimas perlas. Avia en dicho Jardin, que à su modo de entender, significaba sus virtudes, una hermosissima Silla, que discurrió seria para el V. P. Fr. Antonio: Bien, que antes que lo viesse sentar en ella, se desapareció la vision.

Es preciso advertir aqui, que en esta ilustrada alma concurrían tales circunstancias de virtuosa, que con aver tenido varios Confessores de espirita, y literatura, todos calificaron sus ilustraciones por buenas. A dos de estos, que eran Doctores de aquella floridissima Universidad, los vió subir al Cielo, despues de muertos; y añadió, que entre las almas que le avia mostrado su Magestad entrar en la Gloria, que fueron varias, no avia visto otra con mayores luces, que la del V. P. Margil. Y por fin, confessando, como es justo, que assi este, como los demás successos, pueden padecer falencia, no quiero omitir, para recomendar su credito, que assi la Persona, como esta vision particular, à mas de tener el examen, y aprobacion de varios Sugetos de experiencia, y ciencia, passaron por mãos del Ilmo. Sr. D. Juan Ignacio de Castorena, y Ursua, meritissimo Obispo de Yucatán, tan conocido en esta America, y en la Europa, que más elogios solo pueden servir para obscurecer sus meritos.

En uno de los Conventos de la misma Ciudad de Mexico vivia, por este mismo tiempo, una Religiosa muy experimentada en ilustraciones interiores, muy abstraída del Mundo, muy penitente, muy devora de la Passion de Christo Redemptor nuestro, exercitada continuamente en trabajos, y enfermedades; y por ultimo, segun el dictamen de su Confessor, que era un Sr. Prebendado de aquella Santa Cathedral, muy famoso por sus letras, y no menos estimado por su virtud, siempre halló en ella aquellas condiciones, que señalan los Doctores Mysticos, para tener sus revelaciones por verdaderas. Hallabase esta Señora muy atribulada el dia ocho de Agosto del año de veinte y seis, como à las doce del dia, en que

que aquel muy Ilustre Cabildo daba Sepultura al Cadaver del V. P. Fr. Antonio Margil; de cuya muerte no tenía noticia alguna, por su singular abstraccion, ni menos de su enfermedad, ni tampoco de que huviesse llegado à Mexico. Quiso el Señor consolarla en aquella tribulacion, y en la referida hora, le representó su Magestad el Cielo, en forma de una Ciudad muy hermosa, y sumamente dilatada, conociendo, que alli estaba la Santissima TRINIDAD en su Trono, aunque no la vió, porque se le manifestó en cierto linage de obscuridad, como detrás de cortina. Pero vió con claridad, que entraba una alma muy hermosa, y con singular adorno de gloria: Y dandosele à entender que era la del P. Margil, oyó una voz que le dixo: *Mira alma, assi premio Yo los trabajos llevados con paciencia por mi amor.* A este tiempo bolvió dicha Religiosa del rapto, con tanta dilatacion de animo, y sosiego de su espirita, que à su modo de entender, avia passado su corazon de suma apretura, à suma latitud, y de suma tristeza, à suma alegria; reconociendo juntamente, que al tiempo de esta vision avia perdido el cuerpo las fuerzas, pues se halló con la cabeza arrimada à la pared. No tengo por demás el notar aqui de passo, que esta ilustrada Señora nunca dixo, que el V. P. tardasse à entrar en el Cielo, hasta que se le dió Sepultura, sino que entonces le manifestó el Señor su entrada, y el premio de sus trabajos, lo qual es cosa muy distinta. Al modo que la Sierva de Dios, comunmente llamada Santa Juana de la Cruz, vió à su Confessor el V. P. Fr. Pedro de Santiago, con especialissima gloria, muchos dias despues de muerto: Y segun el mismo le dixo, avia subido al Cielo, sin pasar por el Purgatorio: Como se refiere en su Vida, Libro segundo, Capitulo diez y ocho.

En la referida Mexicana Corte, Teatro en todos tiempos de almas de virtud gigante, poco despues de aver fallecido el V. P. Fr. Antonio, enfermó de muerte la M. R. M. Sor Petra de San Francisco, Abadesa, y primera Fundadora del

Con-

Convento de Descalzas de Corpus Christi. Hallandose muy à los ultimos de su vida, una de las Religiosas que la assistian oyò, que la enferma estaba hablando; aunque solo percibia el eco, sin entender lo que hablaba. Con este motivo, se acercò à la cama, y le preguntò si queria alguna cosa? Abriò la moribunda los ojos, y mirandola muy risueña, los bolviò luego à cerrar, y prosiguiò con su platica. A poco rato sacò las manos de entre la ropa, y haciendo ademanes como que se daba prissa, prorumpiò en estas palabras claras, y distintas: *Ea, pues, vamos Padre Margil.* Con estas voces quedaron persuadidas las Religiosas, no solo à que moriría luego, como en efecto muriò, sino tambien à que el V. P. avia venido à assistirla, y convidarla para la gloria, como la avia convidado antes en una carta, que le escribió, con fecha de quatro de Febrero del año de veinte y quatro. En ella hacia memoria de la R. M. Serafina, Religiosa muy exemplar del Convento de S. Juan de la Penitencia, y le decia à la R. M. Sor Petras: *Yá yo créo que nuestra Serafina nos espera entre los Serafines. Y assi vamos disponiendonos, que yá no puede estár muy lexos.* Tan cerca estaba la muerte de ambos, que el V. P. muriò el año de veinte y seis, el dia seis de Agosto, y la M. Petra el dia treinta de Marzo del año de veinte y siete, con mucha aclamacion de Santa, como se lee en el Sermon que se imprimiò de sus Honras.

En el Convento del Puig, no lexos de la Ciudad de Valencia, padecia Fr. Manuel Oliver, y Margil, hijo de una hermana del V. P. Fr. Antonio, el año de quarenta, por el Agosto, unas tercianas sencillas, que passando despues à ser dobles, lo pusieron en gran conflicto. Encomendòse temeroso al alma de su Venerable Tio en uno de los dias, en que le avia de dár la calentura, y aviendo tocado à Refectorio, para comer la Comunidad, le rogò al Enfermero, que cerrasse la puerta por afuera, para tener mas quietud, y que se fuesse à comer. Luego que se quedó solo en la Celda, viò entrar por ella

ella à un Religioso Recoleta de N. S. P. S. Francisco, que le dixo: *Hijo, no te aslijas, que vengo à hacerte una visita, ni temas à la terciana, porque yá no bolverà.* Padre (dixo entonces el enfermo) siéntese V. P. *Hijo* (respondiò el Religioso) *yo no tengo asiento en este Mundo, porque mi asiento es en la Gloria.* Pues Padre (le preguntò entonces) quien es V. Paternidad? *No me conoces* (le respondiò otra vez el Religioso Recoleta) *siendo assi, que poco tiempo ha me llamabas para tu alivio? Soy tu Tio Fr. Antonio Margil de Jesus, que por la grande humildad que tuve en esta vida, gozo de la Bienaventuranza, con una gloria inexplicable.* A este tiempo le puso las manos en la cabeza, y le hizo la señal de la Cruz por tres veces, despidiendo de sí tales reflexos de claridad, que alumbraba toda la Celda, que estaba cerrada; y una fragancia tan exquisita, que el doliente no se pudo olvidar de ella en muchos dias, ni menos de la suavidad de sus manos. Diòle algunos documentos, encargandole, que fuesse muy humilde, y que diesse un cierto aviso à sus Parientes, y con esto se desapareciò como un fugitivo relampago.

Quedòse el referido Fr. Manuel muy gozoso con tal visita, y tan ageno de que pudiesse ser algun engaño, que desde aquel punto no le bolvieron mas las tercianas. Passò despues à Valencia à vér à un hermano suyo, y su familia, diciendoles como su Tio les embiaba à decir, que se previniesen para un regalito, que Dios les tenia dispuesto, y que se conformassen con la voluntad del Señor. El regalito se reducía, à que el mencionado su hermano estaba proximo à morir, y assi, que se dispusiera, y resignara. Todo lo qual se verificó tan puntualmente, que aviendo ido, poco tiempo despues, à una Feria, le acometiò en ella un grave accidente: Y aviendolo traído à su casa, muriò en breves dias, aviendo recibido todos los Santos Sacramentos, y con mucha edificacion de los circunstantes, que segun la declaracion del referido Fr. Manuel Oliver, Religioso Lego del Orden de nuestra

Señora de la Merced, creyeron, que el V. P. Margil le asistia à su cabecera, como lo hizo con su Madre.

En el Oratorio de Sr. San Felipe Neri de la Villa de S. Miguel el Grande, se llegó à ver el año de veinte y ocho el V. P. D. Martin de San Cayetano, y Jorganes, tan perseguido del Demonio, tan triste, temeroso, y perturbado, que estuvo varias veces resuelto à abandonar su Instituto. Un dia en que subieron estas tribulaciones de punto, hallandose à solas en su Aposento, se acordó con particular viveza, de que el V. P. Margil avia sido quien lo avia dirigido al Ministerio que professaba en aquella Santa Casa. Con esto, clamò à el Siervo de Dios, pidiendole esfuerzo, y ayuda: Y à este tiempo viò, que se le puso delante el V. P. Fr. Antonio, en el mismo porte, y conformidad, que lo conoció quando era vivo: Y mirandolo con el semblante inflamado, y muy alegre, se desapareció de improvise, sin hablarle una palabra. Quedòse à los principios el afligido D. Martin suspenso de lo que le avia pasado: Màs en breve conoció por los efectos, la verdad del favor pedido; porque al punto quedò libre de tan melancolicas aprehensiones, y de su tentacion de inconstancia: Dilatósele el corazon, y se reconoció con tal fervor para proseguir el camino comenzado, como se puede ver mas plenamente en la breve noticia de su portentosa conversion, y admirable Vida, que imprimí el año de sesenta. Este es uno de los casos, que segun digo alli, al fin del ultimo Capitulo, reservaba para lugar mas oportuno; y aora añado, que consta por declaracion *in verbo Sacerdotis, tacto pectore*, que por mandato de su Confessor dió el V. P. D. Martin el año de cinquenta y siete.



CAPITULO XVII.

Referense algunos casos, tenidos por prodigiosos, que ha obrado Dios nuestro Señor en recomendacion de la virtud de su Siervo Fr. Antonio, por medio de su Ropa, Firmas, y Retratos, despues de muerto.

Siendo los hechos prodigiosos, relampagos que ilustran la virtud de los Varones Justos, ó rayos que hacen mas vistosa su Santidad, referiré en este Capitulo algunos de los que han llegado à mis manos, dexando otros, que no he podido averiguar en suficiente forma. Yà en vida del Siervo de Dios se experimentaron varios prodigios, por el contacto de las cosas de su uso, segun queda dicho en sus respectivos lugares, y confirmará el siguiente suceso, sirviendo de preliminar, para las maravillas posthumas. Aviendo se llevado el Manto del P. Fr. Antonio el M. R. P. Presentado Fr. Blàs Guillen, quando entrò en la Talamanca à buscar Indios Gentiles, le cogió en una noche una tempestad furiosa de agua, y truenos, hallandose à campo raso. En este conflicto, segun declara el mismo R. Mercenario, y Compañero del V. P. solo pudo acordarse, qual otro Eliseo, del Manto de su Maestro. Amarró el Manto por el cuello, y estendiendolo en unas ramas, se alojó dentro de el con otros dos Compañeros, quedando tan resguardados del agua, con ser muy copiosa la lluvia, que no les perjudicò ni una gota.

De un mal parto, que tuvo en la Villa de Leon el año de veinte y nueve Doña Josepha de Sardaneta, se llegó à ver à los ultimos de su vida. Hacía tres dias, que por diligencias que se hicieron no salía de su cuidado, aumentandose por instantes el peligro, con grande afliccion de los suyos. Hallandose en este estado, invocò con fé piadosa el patrocinio del V. P. Margil, aplicandose al vientre una Carta del Siervo